

debilidad en la práctica del bien, caídas frecuentes á cada ocasion, por mínima que sea. El pan que se nos presenta es infinitamente superior al que comió aquel pueblo. Y ¡oh de cuántas maravillas es la union! ¡de cuántos misterios el compendio! ¡y de cuántas gracias el manantial! ¿Con qué ardor, pues, debemos desearlo, con qué instancias pedirlo, y con qué gana recibirlo? ¿Tendrémos corazon para verlo comer á los otros, sin participar de él ni desearlo?

2. *¿Con qué sentimientos comieron?...* Si reinó en un convite una alegría pura y modesta, si alguna vez hubo convidados movidos del reconocimiento y del amor por un huésped tan liberal y benéfico, ésta fue sin duda la ocasion en que se manifestaron todos estos sentimientos; pero ¿cuánto mas se deben manifestar los nuestros en el banquete eucarístico? ¡Qué amable sorpresa! ¡qué motivo de asombro y de alegría poseer nosotros sobre la tierra á nuestro Dios que está en los cielos! ¡Nosotros, en medio de este desierto, recibir á nuestro Salvador que está sentado á la diestra de Dios su Padre! ¡Su carne y su sangre hacerse nuestro sustento! ¡Nuestra alma llegar á ser el asiento y el trono de su divinidad! ¡Ah! ¿quién soy yo, ó Dios mio, para merecer que Vos querais obrar por mí tantas maravillas? Vos empleais toda vuestra omnipotencia; Vos acumulais milagros sobre milagros; Vos destruís todas las leyes de la naturaleza para traspasar el inmenso espacio que habia entre Vos y mí, para venir á mí, y daros á mí todo enteramente. ¿Qué reconocimiento puede igualar vuestros beneficios, y con qué amor puedo corresponder á tanto amor?

3. *«Y todos se saciaron...»* Salieron todos de este convite hartos y satisfechos, contentos y fortificados... Si estos fueron los efectos de aquel pan milagroso, ¿cuánta mayor virtud no tiene el Pan eucarístico? Pero ¡ay de mí! muchos comen la divina Eucaristía, pero sin quedar hartos, sin quedar satisfechos, sin quedar alimentados, porque la comen con disgusto, por fuerza y por violencia... Muchos la comen, sí; pero sin adquirir fuerzas para obrar bien, y evitar el mal: muchos la comen, pero se quedan siempre en la misma debilidad, en las mismas imperfecciones, en los mismos hábitos: la comen, y no se sustentan, porque suspiran siempre por las comidas envenenadas que ofrece el mundo, el demonio y el pecado: la comen, pero sin concebir un deseo ardiente de comerla con frecuencia, para participar de nuevo de un tan gran beneficio, para mantener las propias fuerzas, y para aumentar los propios méritos. En la vida del alma, como en la del cuerpo, no hay estado mas miserable

ni mas peligroso que el de una persona que no come, ó come solo con náusea, á quien repugna el alimento y no puede aprovechar.

Peticion y coloquio.

Dios mio, ¿no me hallo yo, por ventura, tambien en este estado funesto, y acaso ¡ay de mí! en un estado aun mucho mas terrible, cual es el de hallarme en él sin advertirlo ni conocerlo, sin pensar en él, y sin que me dé cuidado alguno? ¡Ah! Señor, dignaos primero de instruirme, de iluminarme, despues sanadme; y finalmente nutridme y hartadme de tal suerte de Vos, que me disguste de cuanto hay en este mundo... Amen.

MEDITACION CXXII.

HUYE JESÚS PORQUE NO LO HAGAN REY.

(Math. xiv, 22, 23; Marc. vi, 45, 46; Joan. vi, 14-15).

Consideremos: 1.º el engaño del pueblo sobre el reino de Jesucristo; 2.º el peligro que corrieron los Apóstoles, y á que aun estamos expuestos nosotros de caer en el engaño del pueblo; 3.º el medio de librarnos de este peligro.

PUNTO I.

Engaño del pueblo sobre el reino de Jesucristo.

«Habiendo aquellos hombres visto el milagro hecho por Jesús, dijeron: Este es verdaderamente aquel profeta que debia venir al mundo; pero Jesús, conociendo que habian de venir á cogerlo para hacerlo rey, se huyó de nuevo al monte él solo...»

Aquellos hombres, alimentados en el desierto de una manera tan prodigiosa, y viendo los milagros que Jesucristo hacia, dijeron entre sí: *este es verdaderamente el profeta que debia venir; el Cristo, el Mesías esperado.* Hasta aqui el razonamiento era justo; mas *el Mesías debe ser el Rey de Israel*, y sobre este punto se engañaron. Creian que conviniese al Mesías un reino temporal, un reino terreno. Llenos de esta idea determinaron ensalzar á Jesús sobre el trono y proclamarlo rey; y lo hubieran hecho inmediatamente, si Jesús no hubiera sabido desconcertar á tiempo sus medidas... ¡Ah, y cuán débiles y cuán limitadas son las ideas de los hombres! No ven otra cosa que la tierra, y jamás levantan hácia arriba el pensamiento. Los judíos ciegos se prometian tambien un rey terreno, y lo esperaban. Seria aun hoy, segun el gusto del mundo, un semejante rey, y todos estarian bien solícitos para reconocerlo y seguirlo; pero vuestro

trono, ó Dios mio, está á la diestra de vuestro Padre, y vuestro reino está en el cielo, y no tendrá fin. Este es el reino que yo deseo y por que suspira mi corazón, y ninguno otro puede contentarme. No debéis llevar sobre la tierra otra corona, ó divino Jesús mio, que la de espinas; no otro cetro que una caña, ni otro trono que la cruz: por este camino de humillacion y de sufrimiento debéis entrar en vuestra gloria: yo quiero seguiros, ó glorioso Redentor mio, mil veces demasiado feliz en sufrir algunos instantes sobre la tierra, para reinar eternamente con Vos en el cielo.

PUNTO II.

Peligro para los Apóstoles y para nosotros de caer en el engaño del pueblo.

Los Apóstoles habian podido bien oír los discursos del pueblo; pero no sabian, como Jesús, cuál fuese su proyecto. Si lo hubieran sabido, no eran aun bastantemente espirituales para reconocer el engaño, ni estaban aun suficientemente despojados de sí mismos para no ser tentados del atractivo de la presente fortuna y de un puestlo distinguido cerca del nuevo Rey. Se hubieran infaliblemente unido con el pueblo, y hubieran acrecentado el tumulto. Justamente por evitarlo despues de recogidas las sobras del convite... «Inmediatamente obligó Jesús á sus discípulos á subir en la barca, y que fuesen antes que él á la otra ribera... á la otra parte del lago, enfrente de Betsaida, mientras que él despedía al pueblo...» Obedecieron, sí, los discípulos; pero no sin repugnancia: tenian dificultad de separarse de su Maestro, y era ya muy tarde. Con todo eso, la orden era tan absoluta que se rindieron á ella inmediatamente y sin réplica. Jesús les mandó que le precedieran solamente hasta el otro lado del estrecho, que estaba á la parte inferior del lago, entre el desierto y Betsaida, y que fuesen enfrente de esta ciudad, donde los habria alcanzado... El peligro que Jesús temia para sus Apóstoles, debemos temerlo tambien nosotros... Aunque discípulos de Jesucristo, aunque instruidos de que debemos reinar con él en el cielo, estamos siempre tentados de establecer nuestro reino sobre la tierra: sentimos dentro de nosotros mismos, que hemos sido criados para ser felices, y nuestro corazón, deseoso de toda suerte de felicidad, no suspira por otra cosa que por riquezas, por placeres, por reposo, por estimacion, por grandezas y ensalzamiento. La fe nos dice que tendrémus todo esto en el cielo; pero nuestra impaciencia nos precipi-

ta, y los bienes de este mundo nos deslumbran: el ejemplo de los mundanos nos engaña; y de este modo cada uno de nosotros busca la manera de formarse sobre la tierra su felicidad, y por decirlo así, su reino, y muchas veces con peligro de perder el del cielo. ¡Ah, infeliz de mí, tambien yo he caído en este engaño! Sí, Señor, libradme de una ilusion tan funesta; apartadme de en medio de las dulzuras engañosas de la tierra; arrojadme entre las olas; exponedme al mar de las tribulaciones, y sea tambien mi vida combatida de violentos huracanes y de tempestades continuas que me hagan aborrecer este mundo, suspirar solo por Vos, y poner en Vos toda mi esperanza y toda mi felicidad.

PUNTO III.

Medio de librarnos de este peligro.

Nosotros hallamos este medio en el ejemplo de Jesucristo... «Y «habiendo despedido á las turbas, subió él solo sobre un monte á «hacer oracion, y viniendo la tarde, estaba él solo allí...»

Luego que hizo embarcar sus Apóstoles, ordenó á los cinco mil galileos que se retirasen. Estos, hecha reflexion sobre la manera con que habia dispuesto las cosas, y habiendo visto que los Apóstoles habian partido, que quedaba él solo y que no podia huírseles, se retiraron, difiriendo la ejecucion de su proyecto para el dia siguiente; pero Jesús se alejó de ellos, y se huyó al monte, donde, solo, pasó la noche en oracion. Admirémos la conducta de nuestro divino Maestro, y tomémosla por nuestro dechado: alejemos de nosotros todo lo que puede lisonjearnos, engañarnos y apegar nuestro corazón: alejémos del tumulto del mundo y de las pasiones: estémonos en el retiro, donde, solos con Dios, podamos implorar su socorro y meditar despacio la vanidad de las cosas de este mundo, penetrarnos de las verdades eternas, y volver todas nuestras miras y todas nuestras esperanzas hácia la celeste patria.

Peticion y coloquio.

Inspiradme Vos mismo, ó Señor, este amor al retiro y á la oracion. Desprendedme del mundo y de todo aquello que en él tiene esclavo mi corazón. Traedme á Vos, para que despreciando todo lo restante, solo aspire y solo trabaje para asegurarme la posesion de vuestra gloria y el reposo eterno. Amen.

MEDITACION CXXIII.

JESÚS CAMINA SOBRE EL AGUA.

(Math. xiv, 24-36; Marc. vi, 47-56; Joan. vi, 16-21).

1.º Jesús permite que sus discípulos estén en aflicción, y con esto nos anuncia las contradicciones entre las cuales debemos atender á su servicio. 2.º Jesús, caminando sobre el agua, va á encontrar á sus discípulos, y con esto nos instruye del progreso que debemos hacer en su conocimiento. 3.º Jesús sana los enfermos del país de Genesaret, y con esto nos propone un modelo de aquella fe que debemos tener en él.

PUNTO I.

Jesús permite que sus discípulos estén en aflicción; y con esto nos anuncia las contradicciones entre las cuales debemos atender á su servicio.

1.º *Necesidad de las contradicciones...* ¿Quién jamás se habria imaginado, al ver embarcarse los Apóstoles por orden expresa de Jesucristo, que iban á encontrar un mar tempestuoso y embravecido, y vientos impetuosos y siempre contrarios? Pues ciertamente sucedió así... Cuando Jesucristo les dijo que fueran delante á Betsaida, habian comprendido que, despues de despedir al pueblo, haria aquel corto camino por tierra; que ellos lo recibirian consigo en la barca sobre la costa de Betsaida, y atravesarian con él el lago para ir á Cafarnaum. Mas no debia ser así... Habiéndose embarcado los Apóstoles, quisieron costear la ribera; pero se lo impidió el viento contrario, que siempre los arrojó en alta mar. Á la ausencia de Jesucristo y al horror de la noche se juntó una violenta tempestad, y el mar se puso furioso. Habrian podido encontrar su seguridad en el puerto de Betsaida; pero tuvieron que remar y luchar contra las olas, y jamás pudieron navegar hácia tierra; y despues de una obstinada fatiga durante toda la noche, vieron al despuntar el dia que habian caminado como una sola legua. Jesús veia el embarazo en que se hallaban, y leia sus corazones, y no tardó mucho en ir á ellos para librarlos de sus penas... Hé aquí, alma fiel, pero tentada, tu imágen. En el momento de las tempestades y de las pruebas, tú te crees, ó próxima á perecer, ó ya perdida; pero animate: volverá la calma; Jesús está presente, aunque escondido; de nuevo se dejará ver, y tú no habrás dado jamás una carrera ni mas rápida, ni mas segura, ni mas feliz en los caminos de Dios.

2.º *Designios de Dios en las contradicciones...* ¿Quién habria jamás podido pensar, al ver durante toda la noche el trabajo y la aflicción de los Apóstoles, su peligro, y la inutilidad de sus esfuerzos, que este era el medio que Dios habia escogido para la ejecucion de sus designios; para hacer resplandecer su poder y su gloria, para fortificar la fe de sus discípulos, acrecentar sus méritos y colmarlos de consuelo?... ¡Dios mio! ¡cuán grande sois! ¡cuán ciegos somos nosotros! ¡y cómo son vuestros pensamientos superiores á los nuestros!... De esta misma manera está vuestra Iglesia sobre el mar proceloso de este mundo expuesta á las persecuciones. Así tambien nuestro propio corazon, envuelto en las tinieblas, agitado de tentaciones exteriores y de sus propias pasiones, se opone incesantemente al deseo que tenemos de servirlos y de ser enteramente vuestros. Pero Vos así lo quereis y así lo habeis ordenado por los intereses de vuestra gloria y por el provecho de vuestros siervos. Sea bendito, ó Dios mio, vuestro santo nombre.

3.º *Lo que debe hacer el hombre en las contradicciones...* Debe redoblar sus esfuerzos, trabajar incesantemente, y sin perder el ánimo por grandes y por largas que sean las pruebas: debe pensar que Jesús ve sus penas, y que sabrá hacerlas cesar en el tiempo y en el modo que sea conveniente: debe reconocer que trabajando cumple su obligacion, aun cuando no pueda procurarse el éxito que desea; y debe estar seguro que si es fiel á cuanto Dios le pide, en un momento lo calmará todo Jesucristo, y coronará sus trabajos y su paciencia... Alma mia, ¿es este el valor, son estos los sentimientos con que te sostienes en medio de las olas de que te hallas agitada, y con que vas luchando contra los vientos que se oponen á la carrera que llevas hácia el cielo, á tu salvacion, á tu santificacion?

PUNTO II.

Jesús caminando sobre el agua va á encontrar á sus discípulos; y con esto nos instruye del progreso que debemos hacer en su conocimiento.

1.º *El primer grado de conocimiento de Jesús es el de la conversion, esto es, de los pecadores que piensan en convertirse. Conocimiento débil y lleno de terror.*

«Mas á la cuarta vigilia de la noche vino Jesús hácia ellos...» como les habia significado; pero no á la hora que ellos habian creído, y mucho menos de la manera que pensaban. El Señor tomó el ca-

mino por el mar, como si lo hubiera tomado por tierra... «Anduvo «hacia ellos caminando sobre el agua...» Señor absoluto de toda la naturaleza, el elemento líquido é inconstante fue para él como el mas duro y el mas firme... Los Apóstoles, con el favor de la débil luz del día que empezaba á disipar la sombra de la noche, advirtieron que alguna cosa comparecia sobre el agua, y que caminaba. Todos fueron á ver lo que era; pero estaban muy léjos de pensar que fuese su Maestro, á quien habian esperado tanto tiempo, y con tanto ardor deseaban poseer... «Y ellos creyeron que era un fantasma. Y de miedo empezaron á dar voces...» Pareció al principio que el pretendido fantasma queria pasar adelante. Pero cuando vieron que se acercaba á la barca, mayormente se asustaron, y alzaron el grito... Jesús tuvo piedad de su flaqueza... «Inmediatamente les habló, y les «dijo: Tened confianza; yo soy, no temais...» Esto se puede aplicar al espanto y al terror que experimenta un alma que quiere convertirse, que empieza á salir de las tinieblas de la infidelidad, de la herejía, del pecado, del mundo, ó de una vida tibia y disipada. Á la débil luz que hierde sus ojos, distingue malamente los objetos, se asusta de todo, y se imagina que por todas partes ve fantasmas é ilusiones... Asegúrate, alma tímida; es Jesucristo que viene á tí.

2.º *El segundo grado es el de los principiantes; este es el grado del fervor...* Pedro, siempre lleno de ardor, oyendo la voz de su Maestro, manifestó su tierno amor para con él... «Señor, le respondió, y dijo, «si eres tú, mándame venir á tí sobre las aguas; y él le dijo, ven...» Luego al punto, animado de una viva fe... «bajando de la barca, «caminaba sobre las aguas para ir á Jesús...» Afortunado fervor aquel por el que nos ofrecemos generosamente á todo lo que Dios quiera de nosotros, y por el que, sobre la palabra del Señor, nada vemos imposible y todo lo emprendemos... Pedro caminaba felizmente hácia Jesús... «pero observando que el viento era muy fuerte, «se atemorizó, y empezando á sumergirse, gritó, y dijo: Señor, «sálvame. Jesús extendiendo la mano, lo cogió y le dijo: ¡ Hombre «de poca fe! ¿por qué has dudado?...» No fue la violencia del viento ni la naturaleza del agua las que hicieron sumergir á san Pedro; fue, sí, el mar que comenzó á faltar á sus piés, luego que debilitó su confianza; y olvidándose de estar cerca de Jesús, tuvo miedo... El fervor tarde ó temprano viene á ser probado; pero si nosotros, por nuestra desgracia, venimos á olvidarnos de que cuanto tenemos viene de Dios; si nosotros, á la mas mínima tentacion, nos perdemos de ánimo, caeremos bajo del peso de nuestra propia corrupcion, é

infaliblemente pereceremos, si con nuestros gritos no alcanzamos prontamente el socorro de aquel que solo puede salvarnos.

3.º *El tercer grado es de los perfectos... Este es el grado del gozo y del reposo...* Habria podido Jesucristo hacer lo restante del viaje con san Pedro, caminando sobre el mar; pero *deseando* los otros sus discípulos *recibirlo en la barca*, lo condujo á ella, donde entró con él. Reunido que fue este divino Maestro con sus Apóstoles, *se aquietó el viento*, y el mar se quedó perfectamente en calma, «y siempre mas, «dentro de sí mismos, se maravillaban (*sus discípulos*), porque toda- «vía no habian entendido lo de los panes...» Porque su espíritu era tan limitado, y su corazon tan ciego, que no sacaban consecuencia alguna de un hecho al otro, y se sorprendian siempre á cada cosa extraordinaria que obraba Jesucristo... Este es por cierto el defecto de aquellos que, dejándose guiar de los sentidos y de la imaginacion antes que de la fe y de la razon, creen un misterio porque está revelado, y no pueden resolverse á creer otro, aun cuando esté igualmente revelado... Los Apóstoles, sobrecogidos de tantas maravillas, fueron á postrarse á los piés de Jesucristo, lo adoraron con el mas profundo respeto y con el reconocimiento mas vivo, «diciendo, tú «eres verdaderamente Hijo de Dios...» Cualquiera que se acerca á Jesucristo con fe y con amor, bien presto experimenta los efectos de su bondad... La barca, por una nueva maravilla, como guiada por Jesucristo, euási sin fuerza, anduvo con tanta celeridad, que en un instante... «pasado el lago, llegaron al país de Genesaret, y allí die- «ron fondo, y desembarcaron...» Aquí se pueden observar los beneficios que gustan los que han sostenido con fidelidad las pruebas por donde Dios les hace pasar: estas ventajas son la presencia de Jesucristo, la calma y la paz, la luz de un dia puro y sereno; sentimientos vivos de fe, de confianza, y finalmente el progreso y adelantamiento pronto y fácil en la virtud. Entonces el alma se adelanta no solo sin fuerza, sino tambien sin pena, y con consolaciones que no se pueden expresar... ¡Oh y cuán pocos llegan á este feliz estado, porque son pocos los que quieren sufrir las pruebas! Muchos toleran otras pruebas mucho mas duras por conseguir las felicidades del mundo, y despues son negligentes é indiferentes por las que se hallan en la santidad y en la perfeccion. Un dia se verá la diferencia del precio de las unas y de las otras; pero será ya muy tarde.

PUNTO III.

Sana Jesús los enfermos de Genesaret, y con esto nos propone un modelo de la fe que debemos tener en él.

Lo 1.º *Fe pronta y entera...* Jesús llegó bien temprano, no á Cafarnaum, sino mas léjos; al país de Genesar ó Genesaret, desde donde se fué por tierra el mismo día á Cafarnaum... No le fue posible comparecer en aquella playa sin ser reconocido... «Y luego que «salieron del barco lo reconocieron por el gran Profeta, por el enviado de Dios y por el taumaturgo de la Galilea, y corriendo se le «pusieron delante...» ¿Y por qué no corre, ó por qué no vuela de este modo á Jesús nuestro corazón, luego que entramos en el lugar santo donde habita, luego que á la voz del sacerdote baja sobre nuestros altares, y luego que, por colmarnos de sus bendiciones, sale de su tabernáculo, y se presenta á nuestra vista? ¡Ah! anime-mos nuestra fe en aquellos felices momentos: reconozcamos, adoremos y amemos un Dios tan grande, un Salvador tan poderoso, tan liberal y tan benéfico.

Lo 2.º *Fe operante y caritativa...* «Y habiéndolo reconocido los «hombres de aquel lugar, enviaron por todo aquel país...» para advertir que Jesucristo había llegado á Genesaret, para ir por allí á Cafarnaum... En todas partes fue universal el movimiento... «y re-«corriendo toda aquella comarca, comenzaron á llevar los enfermos «en las camillas...» ¡Oh y cuán digna de alabanza era aquella caridad para con los enfermos, y cuánto debió enternecer el corazón de Jesús! ¡Ah si tuviésemos nosotros el mismo celo por nuestra alma y por la salvación de nuestros hermanos, si nos aprovechásemos de todas las ocasiones para hacerlos entrar dentro de sí mismos, para hacerles conocer sus enfermedades y empeñarlos á recurrir á quien puede sanarlos, cuán útil sería para ellos nuestra caridad, y cuán meritoria para nosotros!

Lo 3.º *Fe respetuosa y llena de confianza;* pero de aquella confianza que obtiene milagros... «Y en cualquiera parte que llega-«ba en aldeas ó ciudades, ponían por las plazas los enfermos... y «le rogaban... viendo que estaba solo de paso... que les permitie-«se tocar siquiera la orla de su vestido...» Jesucristo se lo permitía con una bondad inefable, dejaba que se le acercasen, y aun cuá-«si dejaba que lo oprimiesen: tanta era la confianza y la libertad que inspiraba su dulzura á todo el mundo... El éxito feliz de los unos

animaba á los otros, y cualquiera que se servía de su condescendencia obtenía el cumplimiento de sus deseos... «y cuantos lo tocaban «quedaban sanos...» tal fue el viaje triunfante de Jesús volviendo á Cafarnaum, triunfo con que no se pueden comparar los de los mas famosos conquistadores de la tierra, triunfo verdaderamente divino sobre el mar y sobre la tierra, y con que el divino Salvador consolidaba la fe de sus Apóstoles para ponerlos en estado de entender sin espanto los misterios sublimes é inauditos que iba á anunciarles en Cafarnaum... Pero respecto de nosotros, que creemos estos misterios, que, por decirlo así, los poseemos, que tocamos con nuestras manos, no el vestido, sino la carne de Jesucristo, y que de ella nos alimentamos; ¡oh, y cuán grande es nuestra dicha! ¡cuánto mas perfecto debe ser nuestro amor!

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, llenad mi corazón de este vuestro divino amor, para que pueda obtener de Vos su total sanidad. «Vos sois verdaderamente Hijo de Dios...» Sí, ó Señor, Vos lo sois: lo confieso con vuestros Apóstoles, y con ellos os adoro; tened piedad de mí, extended una mano piadosa como á san Pedro. Señor, sálvame, os diré siempre como él... Haced que yo sienta en el fondo de mi alma aquellas palabras de consuelo que Vos le enderezásteis: «yo «soy, no temas;» dignaos de hacerme oír estas palabras en las pruebas á que me expongais, en todas las ocasiones que me presenteis de practicar la virtud, en la oración, en la Comunión, y principalmente en la hora de mi muerte. Amen.

MEDITACION CXXIV.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA SINAGOGA DE CAFARNAUM.

(Joan. vi, 22-34).

Consideremos: 1.º la promesa que hace Jesucristo de un pan celestial que da la vida eterna; 2.º la fe que se requiere para recibir este pan del cielo; 3.º el maná de los hebreos, figura de este pan celestial.

PUNTO I.

La promesa del pan celestial.

1.º *Del lugar donde se hizo esta promesa...* Esta promesa se hizo en la sinagoga de Cafarnaum: en la asamblea que se tuvo en las primeras vísperas del sábado, esto es, el viernes por la tarde. Je-

sús había multiplicado los panes el jueves por la tarde, el viernes por la mañana sanó los enfermos del país de Genesaret, y el mismo día se fué á Cafarnaum antes que empezase el sábado. Luego que llegó, se fué á la asamblea para enseñar allí. Hé aquí como Jesucristo, con emplear todos los instantes de su vida en alivio de los miserables, ó en la instruccion de los pueblos, enseña á los operarios evangélicos que todos sus días deben estar llenos de semejantes operaciones.

2.º *¿En presencia de quién hizo Jesucristo esta promesa?...* Estuvo presente por lo menos la mayor parte de aquellos en cuyo favor había multiplicado los panes, y acaso había obrado este milagro justamente para disponerlos á la instruccion que les quería hacer. Los había dejado el día antecedente á la otra parte del mar, en la disposicion de proclamarlo rey, y de hecho al día siguiente, luego que amaneció, se juntaron para ejecutar su designio... «La turba «había visto como no había mas que una sola barca, y que Jesús «no había entrado en la de sus discípulos, y que solos los discípulos «los habían partido...» Comprendieron entonces que Jesucristo debía estar á la otra parte del lago... No obstante esto, como todas sus diligencias no bastaron para hallarle, se determinaron á hacerlo el día siguiente á su vuelta... «Llegaron la misma mañana otras barcas de Tiberíades.» Muchos se sirvieron de ellas para volver á pasar el lago; los otros tomaron el camino por tierra para volver á sus casas, y además de los que eran de Cafarnaum, llegaron otros muchos cerca del lugar donde habían comido el pan... Se hallaba Jesús en la sinagoga en el momento que llegaron... Y ¡oh cuál fue su sorpresa al verlo! Si Jesucristo hubiera hablado á este pueblo solamente de despojarse de todas las cosas y de llevar su propia cruz, ¿quién de todos ellos se hubiera tomado el trabajo de buscarle y de seguirle?

3.º *¿De dónde tomó Jesús ocasion de hacer esta promesa?...* Del deseo vehemente que tenían los cafarnaitas de encontrarle... Habiendo visto ellos al Señor en la asamblea... le dijeron: «Maestro, «¿cuándo has venido tú aquí?...» Les respondió Jesús, pero sin satisfacer á su inútil curiosidad; y mirando solo á las disposiciones de su corazón, les dijo: «En verdad, en verdad os digo: vosotros «preguntáis por mí, y me buscáis, no por los milagros que habeis «visto, sino porque habeis comido de aquellos panes, y os habeis «hartado...» Esto es, en vez de mirar mis milagros como obras de un Dios y como pruebas de que yo soy el Mesías, vosotros habeis

puesto solo la mira al provecho temporal que podeis sacar de ellos. Vosotros me seguís, sí; pero con vistas groseras y carnales. De hecho, tal era también la disposicion demasiado humana en orden á Jesucristo, de una parte de estos pueblos de Galilea, á quienes ya de largo tiempo les anunciaba el Evangelio, y en quienes derramaba con abundancia sus milagros... Estos hombres carnales no referian estos mismos milagros á su verdadero fin, que era de hacerles creer en aquel que los obraba, como al Hijo de Dios; de manera que sobre su palabra recibiesen de él los preceptos de la fe y de las costumbres que les daba; no miraban otra cosa que su temporal provecho. Al ver los milagros, se prometian de Jesucristo que los obraba un rey poderoso que los haria felices sobre la tierra, y que ensalzaria la gloria de su nacion sobre todas las naciones del mundo. Justamente para sacarlos de un error tan peligroso les reprendió Jesucristo en una manera tan severa las miras bajas é interesadas con que se manejaban... ¡Ah! observemos también nosotros cuáles son los motivos que nos hacen seguir á Jesucristo, abrazar un estado de santidad, y practicar las obras de piedad.

4.º *¿En qué términos les hace Jesucristo esta promesa?...* «Procurad (les dijo) no el manjar que perece, sino el que dura hasta la «vida eterna; el cual os dará el Hijo del hombre, porque á este se «ñaló Dios Padre...» Esto es, hombres carnales y groseros, poco sensibles á las virtudes de vuestras almas, vosotros os habeis movido solamente del alimento de vuestros cuerpos, de la fecundidad de vuestros ganados, de la fertilidad de vuestras campiñas, de la prosperidad de vuestras familias y del esplendor de vuestra nacion; pero no es este el fruto que yo espero de mis trabajos. Si quereis agradarme, elevad vuestros espíritus á mas altas ideas; trabajad por procuraros, no este alimento que perece, sino un alimento espiritual, cuyos frutos se conservan en la vida eterna. Yo soy el Hijo del hombre que os daré este manjar celestial; yo que estoy señalado con el sello de Dios Padre... Este sello de Dios es el Espíritu Santo: es la voz del Padre que ha declarado que Jesús era su Hijo amado, á quien los hombres deben enteramente obedecer: son las profecias que caracterizan el Mesías; y finalmente son las obras milagrosas que el Padre ha dado potestad de obrar á su Hijo. Sello verdaderamente divino que no puede menos de dejarse ver, y en que ninguno se puede equivocar ni errar. El manjar permanente que nos conduce hasta la vida eterna, y que Jesucristo asegura darnos, es la sagrada Eucaristía, á la cual este divino Salvador va preparando

poco á poco los espíritus, cuya naturaleza y cuyos efectos va declarando, y que manifestará al fin de este discurso ser su carne y su sangre... Trabajemos, pues, para procurarnos este alimento celestial que da la vida eterna... Pero ¡ay de mí! nosotros nos fatigamos por procurarnos estos bienes caducos, y nada queremos hacer por los bienes eternos. ¿Y qué cosa es, al fin, esta fortuna, esta felicidad, esta gloria de que nos apacentamos y que buscamos con tantas fatigas, y si se nos habla de disponernos á recibir la divina Eucaristía, fuente y manantial de todos los bienes, vamos diciendo que no tenemos tiempo ni voluntad? ¡Oh qué locura! ¡qué ceguedad!

PUNTO II.

Fe que se requiere para recibir el pan del cielo.

1.º *Necesidad de esta fe...* Los cafarnaitas no veían aun en qué podía ó debiese consistir este manjar permanente que Jesucristo les prometía; pero lo que les había dicho bastaba para hacérselo desear. Se trataba solamente de saber qué cosa fuese necesario hacer para obtenerlo... «Y le dijeron: ¿Qué harémos para practicar cosas agradables á Dios?...» Esto es, obras aceptas á Dios, por las cuales podamos merecer este manjar?... «Respondió Jesús, y les dijo: La obra de Dios es esta; que creáis en aquel que él ha enviado...» De hecho, no hay misterio que requiera tanta fe como el de la Eucaristía. Los otros misterios acaso representan menos dificultad, porque tienen por objeto cosas espirituales, ó porque son, por decirlo así, distantes de nosotros y fuera de nuestra esfera y capacidad; pero este está entre nuestras manos y debajo de nuestros ojos. En él se trata de un cuerpo humano contenido bajo las apariencias de un poco de pan. No solo es necesario sujetar nuestra razón, hacer callar á nuestra imaginación, sino contradecir también al testimonio de todos los sentidos. Esto no obstante, si la fe en Jesucristo es necesaria para creer este misterio, conviene reconocer también que ella basta... Desde que yo creo que Jesucristo es Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el mismo Dios, tiene él derecho para decirme todo lo que quiera, y yo lo creeré sin alguna dificultad y sin dudar cosa alguna. Mis sentidos son nada, y nada mi imaginación y mi razón en comparación de su palabra y de la enseñanza de la Iglesia... Fijémonos, pues, en esta fe, y estemos en ella inmobiles: sin ella nada tenemos, y con ella, cuando es viva, lo tenemos todo.

2.º *Motivos de esta fe...* Creer á cualquiera, creer todas las cosas

sin motivo suficiente, es el carácter propio de la superstición, de las falsas religiones, de la herejía y de la misma incredulidad; pero la fe cristiana tiene motivos victoriosos que no puede desechar un hombre racional... Entre los cafarnaitas había muchos incrédulos y que buscaban aun el modo de justificar su incredulidad. Sus prejuicios los llevaron hasta pedir á Jesús y decirle qué milagro hacía para que pudiesen creer en él... «Pero ellos le dijeron: ¿Qué milagro haces tú para que veamos y te creamos? ¿Qué obras «tú?...» Y como el milagro de la multiplicación de los panes estaba aun tan reciente y tan fresco, para negarlo, creyeron eludir la prueba, oponiéndole el milagro del maná que sucedió en tiempo de Moisés... «Nuestros padres (*dijeron*) comieron en el desierto el maná, como está escrito ¹...» Les dió de comer el pan del cielo ²... La comparación de estos dos milagros, según ellos, era decisiva en favor de Moisés. Jesús había alimentado solamente cinco mil hombres, y Moisés más de sesenta mil: Jesús los alimentó solo un día, y Moisés por cuarenta años: Jesús les dió solo un pan terreno y humano, pan de cebada, y Moisés les dió pan del cielo, pan de los Ángeles... Estos incrédulos, como también los de nuestros días, discurrían mal, y se engañaban de dos maneras:

1.ª Si la cuestión hubiera sido sobre comparar los panes, debieran haber comparado el pan de Moisés, no con el que Jesucristo les había multiplicado, sino con el pan que prometía darles, y esto es lo que no podían hacer, porque aun no lo conocían: y esto es lo que Jesucristo hace en su respuesta, como veremos.

2.ª Si se trataba, como de hecho era, la cuestión de los milagros que Jesucristo hacía, para merecer la fe que pedía tuviesen en él, era inútil comparar los milagros de Moisés con los de Jesucristo. Los unos y los otros eran constantes y estaban verificados: tenían igualmente el sello de Dios, y eran una prueba incontrastable de la verdad. La diferencia de ellos consistía: 1.º En el fin por que se hacían. Los de Jesús se hacían en prueba de su divinidad, para que se creyese que él era el Mesías prometido, el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios... Los de Moisés se hicieron para que los egipcios y los israelitas supiesen que era el Señor el que sacaba su pueblo del Egipto, lo conducía y lo guiaba. 2.º En la autoridad con que se hacían. ¿Qué título tomaba Moisés en medio de los prodigios que obraba? ¿Y quién somos nosotros, decían él y Aarón á los israelitas ³,

¹ Psalm. LXXVII, 24. — ² Exod. XVI, 14, 33.

³ Exod. XVI, 6, 7.

¿quién somos nosotros, para que vosotros nos vengais con vuestras quejas y con vuestras amenazas? Nosotros nada somos: el Señor es contra quien enderezais vuestros lamentos... Pero Jesucristo en todas partes toma el título de Hijo de Dios, de Juez de vivos y muertos; el título de Hijo del hombre, cabeza de todos los hombres... 3.º En la manera con que se hacian estos milagros. Moisés gemia delante del Señor, y el Señor advertia á Moisés los prodigios que queria obrar por su ministerio: Moisés ¹ ejecutaba las órdenes del Señor, y el Señor obraba los prodigios que habia prometido... Pero Jesucristo ha recibido de su Padre las obras que hace; ha recibido de su Padre todo el poder de hacerlas, y por esto se sirve de este poder con una entera libertad en toda suerte de sucesos y sobre toda suerte de materias: una palabra, una accion basta; los enfermos sanan, huyen los demonios, se aquietan los vientos, el agua se muda en vino, el pan se multiplica, se calma y se consolida el mar, y cuando resucita los muertos les dice: *Levantaos; yo soy el que os lo mando*. De este poder no solo se sirvió Jesucristo, sino que lo comunica tambien á quien quiere; y cuando sus discipulos obran los mismos milagros y prodigios, declaran que los obran en su nombre y por su virtud. ¡Qué comparacion de Moisés con Jesucristo, del siervo con el Hijo único, del puro hombre con el Hombre-Dios, de la criatura con el Criador!... Os adoro, ó Jesús, ó Hijo de Dios, ó Dios mio y Salvador mio, os adoro, y reconozco vuestro soberano poder... ¿Y qué? ¿En la misma ciudad de Cafarnaum hay atrevimiento aun para preguntar cuáles son los milagros que haceis? Digamos aun mas; ¡ay de mí! en el mismo Cristianismo, despues que Vos habeis resucitado, despues que vuestra Iglesia ha sido establecida sobre las ruinas de la idolatría y del judaismo, despues que subsiste ya por cerca de diez y ocho siglos, se hallan aun de aquellos que piden milagros, ó que se atreven á comparar los que Vos habeis hecho con los del paganismo, que no nos representan otra cosa que hechos fabulosos! ¡Ah! si Vos hubiérais querido ser rey sobre la tierra, repartir á vuestros súbditos las riquezas y los placeres, no se contrastarian vuestros milagros; pero Vos sois el Dios de la santidad, el Rey del futuro siglo, Vos exigís que todo hombre se someta á una doctrina que tiene esclavo el corazon, y que humilla el espíritu: hé aqui lo que ocasiona la incredulidad.

¹ Exod. xxxiii, 8.

PUNTO III.

Maná de los hebreos, figura del pan del cielo.

«Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: no os dió Moisés el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo; porque pan de Dios es aquel que bajó del cielo, y da al mundo la vida...» La figura debe tener alguna relacion con la realidad; pero la realidad debe ser superior á la figura...

Lo 1.º *El maná venia del cielo*; pero del cielo inferior y aéreo: del cielo de las nubes, como la lluvia ¹; pero no del sumo cielo, donde Dios reside y comunica á los bienaventurados su gloria. Ahora el Pan eucarístico que Dios nos da y que Jesucristo nos promete aquí, baja del verdadero cielo, del seno de Dios mismo: «este es el verdadero pan del cielo...»

Lo 2.º *El maná se llamaba pan de los Ángeles* ², porque no se hacia por manos de los hombres, sino que lo formaban los Ángeles en las nubes. El Pan eucarístico es el pan de Dios, salido de Dios, formado con la palabra del Verbo encarnado, y por obra del Espíritu Santo, conteniendo al mismo Dios, la humanidad de Jesucristo, con su divinidad: él es el pan de los Ángeles, no porque estos lo hayan hecho, sino porque los Ángeles y los bienaventurados se alimentan de él en el cielo con la vision intuitiva y el amor beatífico, mientras que nosotros nos alimentamos de él sobre la tierra por medio de la fe, recibéndolo bajo las especies del Sacramento.

Lo 3.º *El maná caia del cielo por su propio peso* ³, como un cuerpo inanimado, como cae la lluvia; y caía solamente por la mañana al mismo tiempo que caía el rocío; pero el pan celestial es un pan vivo que bajó del cielo por su propio movimiento y por su propia voluntad al vientre de una Virgen, y que baja tambien todos los dias á las manos del sacerdote.

Lo 4.º *El maná conservaba la vida, pero no la daba* ⁴; era de un gusto delicioso, y se hallaba en él cualquiera gusto; pero todo esto miraba solamente la vida del cuerpo y el gusto de los sentidos; y por consiguiente era transitorio. Pero el pan del cielo da al alma una vida celestial y divina y la llena de santas delicias, que son una prueba anticipada de la bienaventurada eternidad.

Lo 5.º *El maná era solamente para un pueblo y para un tiempo*:

¹ Exod. xvi, 4; Psalm. lxxvii, 23, 24. — ² Psalm. lxxvii, 25.

³ Num. xi, 9. — ⁴ Sap. xvi, 20, 21.